



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 1355

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

VIERNES 4 DE ENERO DE 1907

Legislación y costumbres sociales en Alemania

Un cuarto de siglo hace ahora que rige en Alemania la legislación imperial sobre el trabajo.

El Mensaje en que Guillermo II daba cuenta al Reichstag de su primera serie de leyes de seguros contra enfermedades, decía: «Consideramos un deber imperial recomendar nuevamente al Parlamento el fomento del bienestar de los trabajadores...». Lengüaje semejante empleaba su nieto Guillermo II, al afirmar ante el Reichstag algunas horas antes de disolverlo, su firme empeño de «proteger el mejoramiento de los débiles y de los necesitados».

Ante los hechos, no hay partido en Alemania que no reconozca el alcance de las leyes protectoras para obreros, así como el sentimiento de seguridad, de discreción, de confianza, que la clase trabajadora disfruta. Por algo el socialismo alemán se distingue tanto del socialismo francés, y aún del italiano.

Mientras tengamos trabajo abundante, el progreso social nos preocupa más; mediante la actividad industrial, creciente en nuestro país, el obrero cobra buenas remuneraciones; tiene sus casas repletas de pan, puede beberse un vaso de cerveno, cuenta con la retirada por vejez e inutilidad asegurada y hace su labor normal y concienzudamente.

Ast se expresaba uno de los directores de la *Allgemeine Electricitätsgesellschaft*, inmensa fábrica de Berlín que sustenta 18.000 obreros. Ante el exministro de Minas de la República francesa Mr. Eduardo Lockroy.

Realmente, la prosperidad material de Alemania es una de las bases más firmes de su constitución social. Pero ella por sí sola no justificaría el estado psicológico de las masas trabajadoras; el sentimiento de cohesión y los temperamentos de coruña del partido obrero, derivan de la educación nacional que une al labrador y al menoral con el palruo y el propietario en el ansia de que la patria sea la primera en todo, y es consecuencia también de la diligencia de los poderes públicos en pro del menoroso, auxiliados muy directa y eficazmente por la previsión altruista y magnánima de los grandes industriales.

En un cuarto de siglo que media desde 1881 a 1906 se han promulgado tres series de leyes, asegurando a obrero contra las enfermedades, contra las accidentes del trabajo y contra la vejez o la inutilidad.

La importancia de los resultados obtenidos es bien notoria. Tiene el imperio próximamente 80 millones de habitantes, de los cuales 15 millones son trabajadores a salario. Hoy, los seguros contra las enfermedades se aplican a 12 millones de personas; contra los accidentes del trabajo están aseguradas 19.800.000, y contra la inutilidad y la vejez 10.500.000 personas.

Las cargas medias de las tres clases de seguros suben a 33.710.000 de marcos, de los cuales 15.880.000 se pagan por los patronos; 14.950.000 por los asegurados, y 2.830.000 por el Estado.

Desde 1885 a 1905 las indemnizaciones pagadas representan una suma de 2.744.000.000 de marcos por concepto de enfermedades; 1.196 millones de marcos por accidentes del trabajo y 1.600.000 de marcos por inutilidad y vejez. Es decir, la fabulosa suma de 6.300 millones de francos, distribui-

dos entre 70 millones de trabajadores. Mayor cantidad que la recibida de Prusia en 1871 como contribución de guerra!

Las reservas actuales se acercan a 2.000 millones de marcos, de supuesto que, sin necesidad de comentar algo, se alcanza bien el resultado, práctico de la obra iniciada por el viejo emperador Guillermo, prevision y sabiamente secundado por el Reichstag, en primer término, y por los grandes industriales alemanes, en segundo.

Bien aquí añadir que estas grandes soluciones sociales necesitan de la cooperación moral y material de los elementos directores del país. Sin esa cooperación, que en el caso presente debe traducirse por propaganda en Universidades, en Escuelas de Artes y Oficios, en el Parlamento y en la prensa, el obrero no se hubiese hecho acreedor a la solicitud del Estado y de las clases pudientes. Pero mediante una moral en el trabajo, sumada a creciente competencia técnica, y cuando el operario ha marchado paralelamente con el celo de gobernantes y patronos, mereciendo de ellos la serie de bienes de todo linaje que disfrutan.

Las grandes industrias han sido auxiliares eficaces en la obra realizada en este último cuarto de siglo.

Los talleres de Essen, ese portento industrial siderúrgico, llevados hoy por una mujer, los de la *Allgemeine*; los grandes astilleros *Germania*, de Kiel; Schichau, de Elbing; las poderosas casas armadoras de Bremer.

Lübeck y Hamburgo; los soberbios talleres de Stuttgart, de donde salen los automóviles *Mercedes*; los laboratorios de producciones químicas de Berlín, las mil y una industrias en grande que sujetan por si solas miles de obreros, han secundado solidamente las iniciativas del Estado.

En el Congreso científico de Lyon, celebrado el último mes de Septiembre, los hombres, los hombres eminentes de las ciencias matemáticas de Francia, daban la voz de alarma a sus compatriotas, acerca de los peligros del empirismo en la producción industrial.

Y al efecto, citaban el ejemplo de Alemania. Que cultiva, de ajustarse siempre a los progresos de las ciencias, poniendo como modelo la casa Carl Zeiss de Jena, la primera en el mundo en aparato ópticos, microfotográficos, telescopios, estereoscópicos, etc., metida a la constante perfección que apunta a la fabricación de ingenieros, matemáticos e físicos que en sus laboratorios investigan y mejoran los métodos de trabajo.

Pues bien, esta fundación, cuya proceso es el mejor motivo para el trabajo, y la cifra más elevante de lo que es el auge científico-industrial germano, da la norma, también, de cómo el patrioterismo previsor de los patronos, ha sido gran parte en la empresa humanitaria y social del Estado alemán. Carl Zeiss, un trabajador mecánico de floriente memoria y el gran Abbe para quien la ciencia tendrá siempre uno de sus más respetuosos homenajes, se adentró en las tierras creaciones en favor de sus obreros, a las series legislativas del gobierno alemán y, en otras, marcharon con él conjuntamente.

De su proyección al obrero, a la Universidad de Jena, a cuya sombra se

creó el primer taller mecánico y de óptica de Zeiss; de 90 milip por el bienestar general del país; de su interés en pro del mejoramiento moral, intelectual y físico de cuantos viven en torno de sus inmensos establecimientos, se han escrito libros y folletos a granel.

Solamente en la llamada Casa del Pueblo, que el viaje —dijo en Jena, por su soberbia traza— ha gastado un millón de marcos, con más, la asignación precisa para mobiliario, 30.000 marcos, y la anual renta de 50.000 marcos para la economía de la Institución.

Hay en ella un museo, escuelas profesionales, biblioteca pública con más de 100.000 volúmenes, sala de lectura en la que se ven 300 revistas y periódicos recreativos, artísticos y gramáticos, gran salón de actos capaz para 1.400 personas, concesionario, comedor, sala de baño, lavabos en todos los pisos, abundantemente distribuidos.

Con una dirección alta y de simpatía mirar, la conjunción de los esfuerzos parciales ha dado, de si un estado de cosa enviable.

Con razón se enorgullecen los grandes talleres industriales alemanes, al decir que en ellos el trabajo es la mejor recompensa de la vida.

EN LOS CATACLISMOS

Si con algún mío hubiera de pasar a la historia el difunto año de 1906, no podría ser con otro que con el que sirve de título a estas líneas.

Ha sido un año tremadamente segundo en catástrofes geológicas. En casi permanente actividad las volcánicas y los terremotos, parecía que establecían un estado de revolución interior de la tierra, algo así como los preludios de un formidable *Spoliarium* del planeta.

Como siempre América, que tiene el privilegio de los grandes sucesos, se ha llevado también la palma en este «record» de cataclismos. La Martinica, San Francisco de California y Valparaíso, son nombres que pasan a la posteridad con la siniestra resonancia de los colosales hecatombes.

En el reparto de desastres geológicos en que tan pródigo ha sido el año último, ha correspondido a Europa su parte alicuota con las erupciones del

158 EL MANDATO DE LA MUERTE

ron a visita programada. Gavetón allí justamente en un día de recepción. El salón, cuando ellos llegaron, estaba lleno de gente, y Lucía los presentó a sus vecinos, como si aquellos caballeros hubieran sido animales raros.

Aquella noche fué terrible para Daniel. Todo lo vió, todo lo comprendió. Encuentra a Juana, inquieta y febril. Ya no era la juventud indiferente que relata como soberana, en medio de su ignorancia de las cosas; era una mujer dolida, que quería acabar de abrigar, para dormir mejor. En tanto que el amor había dormido en ella, había sido una muñeca, coqueta, que vivía triunfante en su triunfal barrio; pero ahora en cambio hablaba en voz alta: quería amar y no encontraba a nadie; que llevaba a su amado amargamente por haber dormido tanto tiempo. El despotismo había sido cruel para Juana. Dos o tres veces después de su castigo halló en sí misma una alma en su existencia desgarrada. Su marido, con esa impotencia de la naturaleza herida, y más, lo causó, no, repulsión que de repente la abrió los ojos. Al comprender lo que era aquél hombre tuvo ella, un arranque de orgullo: su madre había querido de ella, deseado al ser exterior que únicamente las circunstancias habían creado y el velo se desgarró.

Entonces se vio entre manos de Lucía, ligada.

La Unión y el Fénix Español
Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS SOBRE LA VIDA. — SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VILLA DE SOTO Y COMPAÑÍA, Calle 4, principal.

Vendido y comprado cada año comprandores y dij lugar a diversas interpretaciones.

Unos sostienen que el maestro había hecho bien en dejar la dirección del Teatro municipal de la Ópera, a principios de año, pues se veía que el exceso de trabajo lo había convertido en un manjo de nervios.

Otros alegaban que la obra de Bocanegra exige una gran tensión de espíritu y que hasta un detalle, más importante al parecer, para hacer desagradable el sistema nervioso del que lleva la responsabilidad de la interpretación.

Teatrateras

EL GUANTE AMARILLO

Indefinidamente el público se vio con las corrientes del más puro clasicismo. Y lo prueba que las obras que más éxito obtienen al presentadas en Madrid y que mayor número de representaciones alcanzan en provincias son aquellas de un mundo antiguo.

Es el género de moda, el que más beneficio reporta a los autores, y por eso éstos que, en su mayoría, buscan en primer término el entretenimiento de los maestros a impredecibles garbanzos, lo cultivan con empeño, y hasta ponen en su trabajo algunas partículas de arte.

El guante amarillo, es una gema hermana legítima de *La galatea blanca*; tiene su mismo color, su misma tendencia y es original—es un desarrollo de los mismos Jacka y Capell. ¡Cabe mayor legitimidad!

En la interpretación distinguieron mucho la señorita Luisa Rodríguez, que empujó por vestir con lujo y elegancia, no desmereciendo en belleza su trabajo. Antonia García-Jáuregui, Juanito Robles y Luis Ballón estuvieron afortunados en el desempeño de sus papeles.

Al final de la representación algunos

Cosas de artistas

Los servicios de su maestro

Le siguiente anécdota va recordando la prima éterna musical, pero esto no quiere decir que respondamos de su exactitud.

Se trata de un curioso caso de neuropsis ocurrido en Leipzig al maestro Nikisch.

Dirigió éste en uno de los famosos conciertos de la Gewandhaus la novena sinfonía de Brucker, cuando volviéndose al público, pronunció estas inesperadas palabras: «Señora, que no me miren con tanta insistencia a través de los nervios, porque me ataca los nervios y me impide el dirigir».

La frase sorprendió, como puede

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 158

llegara de joyerías, la sonrisa de sus labios, van gallina, las lágrimas hablan cuando una pregunta.

Lucía vió a esa antigua amiga y respondió vivamente. Estaba orgullosa por poderse retomar la mano en medio de aquella gran reunión.

—Por fin los conocemos—gritó de modo que, la oyeron. Hacía ya más que la quería besarse. Tenía que redimir por abandonar así a su antiguo compañero.

Jorge la miraba cara a cara, dudando si quería o no apoderarse.

Daniel, que contemplaba a Juana, se apresuró a contestar.

—Estamos muy ocupados; además, tenemos que tener en cuenta a los padres.

—Vamos, hombre—repuso Lucía—dame.

—No sabes que mi casa es grande; además, no acepto ninguna dama y las espero muy pronto.—dijo Lucía.

—Dame ganas de bajar a la playa.

—Pero recordad que llevaba a su marido delante.

—Hasta hoy, lo probé a los señores Daniel, Balsamont y Jorge Raymond, señores amigos de nuestros amigos.

—¡Pues ya se van y no les dirás adiós.

—Te diré yo al marido.